

Escribir con imágenes

A mediados de los años ochenta era un joven periodista que acababa de llegar a la televisión, sin ninguna idea del medio, después de algunos años en la radio. Recuerdo mi entrada en la vieja redacción de los Servicios Informativos de Torrespaña casi como un rito iniciático. Eran las ocho y media de la mañana de un lunes, 7 de enero, en el que los Telediarios estaban a punto de experimentar la mayor transformación interna de su historia. Se creaban, por vez primera, las áreas informativas, a modo de las secciones tradicionales de los periódicos, y los redactores iban a especializarse en asuntos concretos de la actualidad. Hasta entonces se había trabajado en equipos de edición compactos con redactores que hacían de todo y estructuras que el tiempo había decretado obsoletas ante la transformación que empezaba a experimentar el sector televisivo en España, en el que ya existían pujantes televisiones autonómicas y faltaban pocos años para que comenzaran a emitir los canales de titularidad privada.

Aquel lunes de 1985, posterior a la festividad de los Reyes Magos, llegamos a TVE toda una pléyade de profesionales que, sin saberlo, estábamos a punto de emprender la aventura más apasionante y gratificante de nuestras vidas profesionales. El equipo se fue ahormando durante las primeras semanas y, en poco tiempo, fue una selección ganadora y reconocida por los espectadores: Concha García Campoy, Carlos Herrera, Ángeles Caso, Paco Lobatón y tantas otras caras que triunfaron de inmediato, se unieron a quienes ya ocupaban un lugar destacado en el panorama de la información televisiva en nuestro país como Manuel Campo Vidal, Rosa María Mateo, Felipe Mellizo, Luis Carandell, Rosa María Artal o Joaquín Arozamena, por citar sólo a algunos.

En mi condición recién adquirida de periodista televisivo se me asignó la cobertura de decenas de noticias -llegarían a muchos centenares con el tiempo- que me obligaron a adquirir destreza en la forma de redactar para el medio, muy diferente de la de la utilizada en la radio y absolutamente distinta de la del periodismo escrito. Se trataba de fijarse en como lo hacían los veteranos, preguntar mucho y aprender a toda velocidad. En lo referente a las preguntas yo debía ser el terror de Torrespaña para periodistas seniors y realizadores a los que asetaaba con multitud de cuestiones que desconocía y resultaban esenciales para mi trabajo.

Una de aquellas víctimas de mi afán interrogador fue José María Castillo, entonces un joven ayudante de realización, muy alto y muy flaco, con definitorio bigote, que tuvo a bien sacarme de cuantas dudas le planteaba, y siempre, por cierto, con una gran solvencia profesional, característica que ha marcado toda su trayectoria. Gracias a él y a otros compañeros entendí enseguida que la labor de un periodista en el medio no se limitaba a escribir para que después otra persona "tapara" el texto, sino que había que afrontar la redacción después de haber visto con atención el material grabado y escribir siempre de acuerdo con las imágenes. También supe de la importancia de contar con planos de recurso para el posterior montaje de la noticia y de la necesidad de saber lo que era el *racord* y de no saltar el eje. En aquellos tiempos una de mis experiencias más gratificantes consistía en participar activamente, con realizadores y montadores, en la elaboración de las noticias que firmaba en los Telediarios. Aprendía de ellos, daba mi opinión, tomaba nota y salía de la cabina con una alegría que constituye uno de mis mejores recuerdos del oficio. Allí ejercían, junto al autor del libro, Carlos Rubio, Juan Antonio Peña Encabo, Mauricio Rico, Juan Blas Leal, Pedro Ricote, Laura Díaz, César

Abeitua, Eugenio Calderón, Jesús Ortiz, Gabriel Laborie y otros profesionales de talla similar, es decir, muy alta.

Lo más fascinante, con todo, era asistir en directo a la emisión del noticiario. Había que pedirle permiso al realizador, ubicarse en un rincón donde no se estorbara y prepararse a vivir una aventura diaria, plena de nervios y tensión, que se desarrollaba con una intensidad difícilmente explicable en medio de la sobrecogedora oscuridad del imponente control. Allí se escuchaba de todo (y no todo reproducible), se gritaba, se daban órdenes imperativas y se hacía un trabajo espléndido que me permitió conocer todo lo que sé del medio televisivo. Desde entonces siempre he dicho que de no haber sido periodista, me hubiera gustado desempeñarme como realizador de televisión. Cuando la cabecera del programa sale al aire, después del primer "¡dentro!", es él quien gobierna absolutamente la emisión y quien levanta el "Airbus" hasta su aterrizaje al final del informativo. Se podrán sentir otras formas de poder, pero les aseguro que ésta es una ellas, sin ninguna duda.

En medio de aquel ambiente agitado que les acabo de relatar, José María Castillo, pegado siempre a su inseparable cronómetro, ejercía de "hombre tranquilo" y asumía la tensión como si no fuera con él. No le recuerdo perdiendo los nervios ni calentando el ambiente en el control, sino cantando los pies de las noticias con un aplomo que resultaba decisivo, incluso en los momentos más difíciles, para que todo saliera bien. Y salía. Con los años pasó de ayudante a realizador y asumió la responsabilidad de poner en antena numerosos programas, siempre relacionados con la actualidad. Por coherencia, desde luego, no ha quedado.

Cuando en mi etapa de novato televisivo no cesaba de preguntar a quien se me ponía a tiro, y José María Castillo como he dicho, era uno de ellos, él no podía pensar que andando el tiempo iba a desarrollar una importante labor docente como profesor universitario y yo no acertaba siquiera a imaginar que una de sus alumnas sería mi hija Patricia, entonces recién nacida. Son esas sorpresas que te da la vida y que junto a mi coincidencia en labores docentes me ha permitido no perder el contacto con un profesional al que profeso afecto y admiración, al igual que les ocurre, me consta, a sus alumnos. Ahora, cuando nos vemos, hablamos de televisión y de cine, nos enredamos con planos y secuencias de películas que ambos admiramos y constatamos que no hemos perdido nuestra pasión por el oficio de lo cual nos felicitamos ambos.

El libro que ahora tiene el lector entre las manos es, justamente, el que a mí me hubiera gustado encontrar cuando llegué como periodista al apasionante mundo de la televisión. Escrito desde una impagable experiencia y una conseguida intención pedagógica, aquí se recogen con absoluta claridad las respuestas a todas las preguntas que a mí me asaltaron entonces y seguirán inquietando ahora a quienes empiecen o quieran trabajar en la televisión. Si hay algo claro es la necesidad absoluta e imperiosa de que un periodista televisivo maneje con soltura los elementos propios del lenguaje audiovisual. En plena era digital, ningún profesional de la información podrá serlo por completo sin conocer en profundidad el medio, sus condicionantes y sus códigos. No se trata de arcanos indescifrables, pero sí de aspectos básicos que el autor ha tenido el acierto de recopilar en un texto necesario que no existía y ahora resulta imprescindible. Al fin, ya lo tenemos y no podemos por menos de congratularnos ante un hallazgo de suma utilidad que acompañará en su trabajo a los nuevos "teleperiodistas" como un fiel compañero que les ayudará de forma práctica en la tarea del día a día y les permitirá

conocer, en profundidad, todos los códigos de un medio mágico y fascinante a partes iguales.

Antonio San José
Periodista